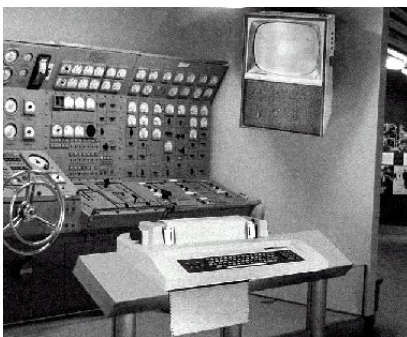


## ANALIA DEMARIA GALINCHEZ SANDEZ



**E**l delito en los hospitales - como en cualquier otra institución en la que haya personas -, siempre existió y existe, adoptando diferentes y muy variadas formas. Es deber de las autoridades que conducen sus destinos, tomar siempre todas las medidas preventivas, para disminuir al máximo su impacto y consecuencias.

Dos semanas hacía, que me habían designado Subdirector del inmenso Hospital General, de mil seiscientas camas y cinco mil consultas diarias. Todo un desafío para mis cuarenta y cinco años de edad y para mis ansias de hacer méritos, buscando llegar a ser su Director.

Esa mañana me encontraba desde muy temprano en mi despacho, revisando el enorme listado de cirugías y pacientes atendidos en los diferentes consultorios, cuando me llamó la atención un nombre de mujer: *Analía Demaría Galínchez Sandez*, la cual figuraba como cirujana actuante en tres cirugías importantes, pero con una diferencia no mayor a noventa minutos, entre el principio de la primera y la finalización de la última.

- *Acá hay gato encerrado* - pensé, al tiempo que le propinaba un golpe a mi escritorio, como descargando la bronca que me producía la impunidad sin castigo- *esta es una médica que se anota en tres cirugías, para cobrar honorarios mas abultados... ¡corruptos!*

El Jefe del Servicio de Cirugía, subió a mi despacho a los cinco minutos de citarlo en carácter de urgencia. Parecía muy cansado, agotado, como si algún problema grave lo aquejara. Al principio dudo, pero luego me respondió con relativa seguridad: - *Si, creo que la conozco, es una chica colombiana ¿no? Muy agradable... muy buena cirujana. Creo que estuvo ayudando en varias cirugías...*

Quede bastante conforme con su explicación y lo acompañé hasta la salida de la Subdirección, agradeciéndole su molestia de haberse acercado hasta mi despacho. Me dediqué luego a examinar el largo listado de pacientes atendidos en los consultorios y gracias a esa memoria visual que siempre me acompaña, mis ojos tropezaron otra vez con el bendito nombre: *Analía Demaría Galínchez Sandez*, la cual figuraba pero ahora como paciente, atendida durante la mañana en cinco diferentes consultorios de especialidades: odontología, oftalmología, dermatología, psiquiatría y neurología...

- *No puede ser* - exclamé poniéndome de pie y paseándome por mi despacho - *esto es un verdadero "afano". Quiero ver ya mismo a las tres secretarias que dieron los turnos... Acá, hay gato encerrado.*

A los cinco minutos subieron dos de las tres secretarias, pues la otra se había retirado media hora antes, víctima - según decían sus propias compañeras - de un fuerte e insoportable dolor de cabeza. Ansiosas y riendo nerviosamente, pugnaban con mi secretaria por ingresar rápidamente a mi oficina, pero las hice esperar adrede, hasta que se serenaron.

Una de las secretarias, la más veterana, no recordaba a la paciente, pero a la otra se le iluminaron de improviso sus ojos y me dijo con una sonrisa nerviosa y mal disimulada:

- *Si, yo me acuerdo... es una chica que me parece que es extranjera... estaba muy apurada. ¿Será esa, no?*
- *Pero... también es médica del hospital* - le respondí, extrañado ante su respuesta y mostrándome ex profeso muy preocupado y con el entrecejo fruncido.
- *Ah, ya me parecía que no era una chica común...* - me contestó, colocando nerviosamente sus manos en los bolsillos del guardapolvo.

Me quedé sentado y mirando por la ventana, juntando las puntas de los dedos de mis manos y meditando, mientras ellas se retiraban en silencio. Algo no cerraba - definitivamente -, en mi cabeza. Pedí todos los listados de las semanas anteriores y comprobé que desde hacia dos, esa mujer figuraba entre la lista de cirujanos actuantes, tanto para las intervenciones programadas como para las urgencias. Y prácticamente no existía consultorio, que no hubiese sido visitado por esa *Analía Demaría Galínchez Sandez*. Incluso se había extraído sangre en diferentes oportunidades y el consumo de medicamentos en ambulatorio, era absolutamente exorbitante para una sola persona en su sano juicio.

Personalmente conocía muy bien el caso de algunos hospitales de Argentina - sobre todo en aquellos tiempos en los que un peso era igual a un dólar -, donde se atendía a cualquiera, en forma libre y gratuita. Aprovechando esta apertura y solidaridad del sistema sanitario argentino, desde alguno de los países vecinos, los "vivos" de siempre organizaban "tours sanitarios", en los cuales reunían a grupos de cuarenta o cincuenta personas, las cargaban en ómnibus de larga distancia y las bajaban en la puerta de nuestros diferentes hospitales, con los turnos ya asignados. Atención con profesionales de primera, análisis y estudios de todo tipo y de buena calidad, eran absolutamente gratuitas para ellos... Un verdadero abuso y una estafa para nuestro país, que sin embargo era absolutamente legal para los códigos vigentes.

Este caso en el que me encontraba investigando, me parecía que tenía algo demasiado similar a esas trampas y embustes, con los que algunos humanos nos sorprenden cada tanto. Quizás fuese alguien que hiciese la cola de espera y luego, vendiese su turno al mejor postor, o alguno que prestase su documento, creyendo que nadie se daría cuenta de ello... claro que estaba involucrada una médica y era muy difícil imaginársela, asociada a semejante complot delictivo. Pero mi larga experiencia en sanatorios y hospitales, me decía que todo era posible y que la imaginación humana, jamás encontraría límite a la hora de delinquir.

- *Tengo este problema* - dije en la Oficina del Director y me expliqué ante él, durante veinte largos minutos, todos mis hallazgos en las listas de cirugía y de consultorios, mi

personal entrevista con el Jefe de Cirugía y con las secretarías que otorgaban turnos. Además, le comenté que había tratado de ubicar a la médica a través de la oficina de personal. Y que la dirección y el teléfono declarados por ella, eran inexistentes. La intención aviesa de la verdadera delincuente, sin duda que era inocultable.

- *Ya mismo pásele todos los datos a la Comisaría de nuestra Jurisdicción - me ordenó el Director - esa mujer esta loca o es una estafadora...*
- *El número de documento que ustedes nos pasaron, no coincide con el nombre y apellido - me dijo con cara de preocupación el oficial de guardia, a los treinta minutos de comenzar a buscarle antecedentes en la policía local y en Interpol -pero ese apellido es bastante similar, al de una mujer que esta siendo buscada por narcotráfico...*

A las cinco de la mañana, algunos pacientes que anhelaban ser primeros a la hora de atenderse, se entremezclaban semidormidos con el silencioso y grisáceo personal de limpieza. Jamás se dieron cuenta que los integrantes de una brigada de Defraudaciones y Estafas, se entremezclaron con los de otra de Tráfico de Drogas y que entre ambas, mantenían vigilada celosamente toda la planta baja del nosocomio. Ambos grupos de policías estaban vestidos de civil, como si fueran pacientes comunes o disfrazados de operarios de mantenimiento. Dos hombres se quedaron muy cerca de las secretarías, simulando estar reparando a una de las computadoras; entre los restantes, algunos cubrían todas y cada una de las entradas y salidas, mientras que otros, vigilaban estrechamente las escaleras y ascensores.

Los minutos de la fresca madrugada, comenzaron a transcurrir lentamente y en suspenso. A cada instante, el caudal de datos que aparecía en la computadora que monitorizaba a los que se inscribían solicitando un turno, iba en progresivo aumento. En la sala Central del Servicio de Informática, algunos de los policías fumaban nerviosamente, otros tomaban café y los menos, dormitaban sentados en sus sillas... Yo, casi no había podido dormir en toda la noche y solo anhelaba saber como se resolvería el caso.

Se monitorizaba cada caso por el nombre, el apellido o el número de documento. No podría escapar, pensábamos... Y efectivamente, a las ocho horas, dos minutos y treinta y seis segundos, se encendieron las alarmas y se identificó a la computadora de la secretaria número tres, como el lugar en donde la sospechosa acababa de anotarse...

Se activaron los teléfonos handies y una sola frase se escuchaba a cada paso: - *¡ya llegó, esta en la ventanilla tres!* - Corrí detrás de los policías, no queriendo perderme ni un instante, para conocerle el rostro a semejante personaje, que me lo imaginaba como una mujer de piel trigueña y pelos negros, ojos azabaches y boca de labios carmesí, fingiendo una inocencia espuria y falseando una mirada seductora...

Cuando llegué a las ventanillas, me encontré que todos aquellos fornidos agentes, rodeaban a una venerable anciana, de gloriosos ochenta y seis años, quien les sonreía amablemente, mientras que con una mano sostenía sus documentos y el turno que acaba de retirar de la ventanilla y con la otra, a modo de pantalla, se esforzaba por oír y entender, que era lo que le querían decir con eso de:

- *¡Policía, queda detenida... tiene derecho a permanecer callada!*
- *¡¿Qué me dice querido...!? Ah si, permanecí sentada hasta recién... pero me duele la cintura... prefiero quedarme parada.*

Y por los teléfonos handies se escuchó que la verdadera sospechosa, en realidad ahora estaba en la ventanilla "siete". Nueva corrida y... resultó ser una niña de solo quince años, acompañada de su madre, que apenas se dignaba a mirar a los policías, ocultando el vergonzoso acné adolescente que motivaba su consulta con el dermatólogo... Y volvieron a sonar los teléfonos handies, anunciado la presencia de la delincuente en otro lado... y luego, también en otra parte.

Algo no cerraba. Algo andaba muy mal en el venerable Hospital Central de la Ciudad. Algún error, estábamos cometiendo... Gran reunión y prolongado debate, hasta que uno de los jóvenes empleados del área de computación, que había estado con nosotros analizando el caso, se apareció con la explicación que por fin, resolvió el intricado caso.

ANA MARIA GALINDEZ, era una médica, que efectivamente existía y trabajaba en el Servicio de Cirugía General desde hacia unas muy pocas semanas.

DELIA SANCHEZ, era una paciente que efectivamente existía y que cada tanto, concurría al Hospital para hacerse controles de rutina.

ANALIA DEMARIA GALINCHEZ SANDEZ, era la resultante de la mezcla de nombres y apellidos, que hizo la computadora central del hospital, fusionando los dos archivos con datos personales, de la médica y de la paciente. El sistema informático, le asignó un número de matrícula de médico y otro de afiliada a una Obra Social, a ese verdadero engendro informático que ella misma había originado. Y cuando no se cargaban completos los datos de cualquier médico o de cualquier paciente, el sistema informático le asignaba por defecto, los datos de esa combinación paciente - médica, como si esa máquina quisiese darle vida, a lo que ella misma había concebido... ¿Es demasiada locura o una gran estupidez, pensar que puede albergar anhelos maternales una fría máquina...? Seguramente que si... Lo extraño, lo inexplicable - por lo menos para mí -, fue que la revisaron durante tres días y no se pudo hallar ningún error, ni defecto, ni demostrar que algún humano lo hubiese hecho... y que jamás lo volvió a hacer.

Pero en realidad, *ANALIA DEMARIA GALINCHEZ SANDEZ*... nunca existió (¿O si...?). Aunque lo que menos nos imaginábamos, era su falta de existencia.

Y cuando terminaban de escuchar este relato en aquel Hospital, jamás hubo una persona que no me preguntase sorprendida y sonriente: - *¿Este caso, realmente sucedió...?* - y yo, siempre debía repetirle: - *Si, efectivamente sucedió... ¡aunque usted no lo crea!*

